

12 - CUCHILLO – DE CABALLEROS Y PRINCESAS

Antes de entrar en el túnel me quito la armadura de metal y me quedo solo con la mía de cuero que llevo siempre bajo la túnica y me pongo a correr junto a los demás hacia el oscuro agujero en la tierra.

—Ha sido una estupidez, lo mires como lo mires. —Me dice Arpía, enfadada como siempre—¿Cómo se te ocurre hace explotar los barriles de alcohol? Si todavía nos hubieras esperado...

—Tenía que quitarme de encima a medio centenar de enemigos y me deshice de casi todos de un golpe, ¿no? —Respondo enfadado.

—Pero casi te llevas por delante el edificio entero, si llegan a prenderse los otros no habría quedado nada de ti, bueno, ni de ti ni del edificio ni de la entrada a la mina. —Me dice Toro, más preocupado que enfadado.

—Por eso hice estallar los que estaban casi vacíos, según la dueña quedaba poco ahí, no me esperaba una explosión tan bestia. —Digo a la defensiva.

—Pues menos mal que no te dio por buscar la explosión más grande, si eso pasó con los que estaban casi vacíos no me quiero ni imaginar lo que habría pasado con los que estaban casi llenos. —Dice Sombra creo que con cierto sarcasmo, pero nunca he sido capaz de saber si lo dice en serio o con sorna.

—Pero aun así, con el fuego que generaron los medio vacíos casi se prenden los otros. —Dice Arpía.

—Esperaba que los mercenarios que quedaban enteros se centraran en apagar el fuego y los tuviera entretenidos hasta que vinierais, no que se me tiraran todos al cuello al unísono.

—Pues menos mal que nos topamos con la señora Berza de camino y nos indicó el camino, si no podríamos haber llegado tarde. —Dice Toro.

—Veza, señora Veza, de cerveza. —Le corrige Sombra—Berza es otra cosa.

—¿El qué? —Pregunta Toro con sinceridad.

—Una berza es una tetaza. —Le aclara Arpía con su delicadeza habitual—Creía que lo habías dicho aposta—Y se echa a reír.

—C-claro que no, había entendido berza, lo juro. —Dice atropelladamente, seguro que debajo de la máscara está como un tomate.

—Berza es una planta. —Dice Sombra escuetamente.

—¿Ah, sí? —Dice Arpía extrañada— Yo creía que..

—Bueno, ¿qué tal si nos centramos en lo importante? —Digo para cambiar de tema.

—Me parece bien, y ya que volvemos al tema principal, ¿por qué solo vamos cuatro si según tú ahí debe haber unos cincuenta soldados enemigos?

—Somos cinco, Melocotón también está allí. —Le respondo.

—Eso no cambia la diferencia de número, ¿no te parece? —Me responde con mal tono Arpía.

—No pensarás hacer explotar esas cosas aquí, ¿verdad? Podrías echarnos encima media Cicatriz. —Me dice Toro, y no le falta razón.

—Alguien tenía que quedarse tomando prisioneros a los que se han rendido, ¿no? Y no es que hayáis venido muchos a ayudarnos. —Digo cabreado.

—¿Y qué coño querías? Estamos cuatro gatos, hemos venido todos. —Me replica Arpía alzando la voz.

—Joder, pero qué menos que algunos soldados de la reina, ¿no?

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—Consideraban que era más importante llevarse a los prisioneros y seguramente atribuirse algún mérito. Si les hubiéramos dicho que Diamis estaba aquí habrían venido todos en manada. —Dice Sombra con su habitual indiferencia.

—¿Y qué más da quien se lleve el mérito? Lo importante es ponerle fin a esta revuelta, ¿no? —Dice Toro. Parece mentira lo buenazo e inocentón que es este gigante.

—Pero tampoco es plan que se lleven las alabanzas por lo que hemos hecho nosotros, que presuman de lo que han hecho ellos, vale, pero no que se crea todo el mundo que han hecho lo que nosotros. —Dice Arpía, y estoy con ella.

Dicho esto llegamos a otra bifurcación, miramos a ver dónde está la siguiente flecha, Sombra la localiza y seguimos corriendo.

—Bueno, entonces el pijo pequeño tiene otra arma como la tuya, ¿no, Cuchillo? —Me pregunta Arpía.

—Al menos lo parecía, era como un látigo azul que brilla con una textura rara.

—¿Textura? —Me pregunta Toro.

—Sí, parecía como de agua, o gelatina, es difícil de explicar.

—Bueno, pues habrá que tener especial cuidado con Carbo Diamis, no hay nada más peligroso que un arma rara en manos de un aprendiz. —Dice Sombra, y tiene razón, con alguien curtido te esperas unos patrones, pero alguien que no tiene ni idea puede hacer cualquier cosa, si además es un arma con un poder desconocido el peligro se multiplica.

Seguimos avanzando en la oscuridad con la única luz de la de la antorcha que lleva Toro, ahora en silencio, ya que llevamos un buen rato avanzando y no debemos estar muy lejos. Sombra va algo más adelantando del resto, es el más bajo del grupo, y el más delgado, sus brazos y piernas parecen ramas secas, pero es muy ágil y escurridizo, no sé más rasgos de él ya que nunca le he visto sin la máscara, solo le he visto la cabeza y su pelo algo largo y negro como el carbón, ya que suele quitarse la capucha, es silencioso y muy escurridizo, si ahora se quitara la capa y la túnica blanca y se viera únicamente con su armadura de cuero oscuro, se fundiría con la oscuridad completamente y sería indetectable. Arpía es una mujer creo que de veinte años o poco más con muy mala uva, hay quien dice que es una mujer con personalidad, yo digo que tiene muy mala leche mal contenida, es alta y al igual que Sombra y Toro, el único rasgo que veo de ella es su pelo, un largo pelo negro recogido en una coleta de caballo sin flequillo, y Toro es un armario empotrado hecho de carne, me saca más de una cabeza y es puro músculo, también es muy inocente, sobre todo con chicas, y bien intencionado, eso sí, en cuanto hay una pelea embiste como un toro de verdad sin contemplaciones, muestra una ferocidad irreconocible en él ahora. En cuanto a su pelo, lo tiene bastante corto y negro, sin más detalles.

Seguimos corriendo en silencio, ya hemos tomado seis bifurcaciones, no deben estar lejos. De repente, Sombra extiende el brazo derecho y se agacha, todos lo imitamos y automáticamente Toro tapa la antorcha con una tapa de hierro y ésta se apaga. Sombra nos hace un gesto con la mano de que lo esperemos, se quita la túnica y la capa, las deja en el suelo y avanza. Tras unos minutos agobiantes que parecieron horas, vuelve con nosotros, nos percatamos de él cuando lo tenemos a un metro de nuestras caras, es reconfortante saber que no fui el único que di un respingo hacia atrás del susto. Arpía casi le suelta un puñetazo si Toro no llega a agarrarle el brazo a tiempo.

—He encontrado al grupo, en la retaguardia, algo alejada del resto está Melocotón. Me ha hecho un gesto de que esperemos. —Nos cuenta en voz baja.

Menos mal, Melo está a salvo, temía haber tardado demasiado y que la hubieran descubierto

—¿Qué esperemos a qué? —Pregunta Arpía.

Sombra levanta la mano derecha paralela al suelo y la sube y baja.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—Yo con esto solo entiendo que esperemos. —Dice Sombra.

—No deberíamos alejarnos mucho de ella, ¿vas tú más adelantado y nos avisas cuando haya alguna novedad? —Le pregunta Toro a Sombra.

Él asiente y nos mira esperando aprobación, yo asiento y Arpía también, así que se va sin hacer ningún ruido.

Seguimos avanzando, esta vez completamente a oscuras, la única luz que vemos está bastante lejos, al frente, que nos indica donde están. Conforme avanzamos, me doy cuenta de que hay algo de aire fresco llegándonos de frente.

—Hace viento. —Lo digo por si no se han dado cuenta, que con el casco y guantes es posible.

—¿Va en serio o es una broma? —Me pregunta Arpía.

—Es verdad, se te mueve la coleta. —Dice Toro.

—¿Es normal que haya aire en mitad de una mina? —Pregunta Arpía.

—Eso quería preguntaros yo. —Le respondo.

—No creo que hayamos llegado al exterior ya, así que debe haber algún punto en el que se cuele el aire, o quizás ahí delante haya algún gran espacio sin tierra. —Dice Toro.

Y eso es lo que hay, una enorme concavidad natural de un tamaño superior a un barrio entero, y una altura equivalente a un edificio que tuviera tres o cuatro plantas. Por el ruido, debe haber un riachuelo subterráneo pasando por aquí. Debe haber algún agujero en la roca, porque pasa mucha luz desde el lateral del techo. Y la zona no requiere de las antorchas. Nosotros seguimos dentro del túnel, algo dentro, el cacho que queda hasta donde están ellos es recto, es decir, los tenemos lejos, pero los podemos ver porque los tenemos enfrente, no hay ninguna curva que moleste. Desde aquí veo a Melo, se reconoce porque está alejada del resto y va con su arco colgado. Está pendientes de nuestra zona, aunque no creo que nos vea por la oscuridad que hay aquí. El que dio antes el discurso va hacia Melo y se para un momento a hablar con ella, la da un par de palmetazos en el hombro y se aleja. Parece que se ha integrado bien en el grupo. Parece que se han parado a tomar un descanso, seguramente para beber agua y descansar las piernas, a nosotros nos viene perfecto, en esa zona tan amplia puedo usar mi arena carmesí sin reparos, el problema es que la familia Diamis escape mientras luchamos, será un problema dar con ellos, pero esto es mejor que hacerlo en mitad de un túnel a oscuras.

—¡Atención todos! —Grita el líder de los caballeros que se ha puesto entre éstos y los Diamis— ¡Tenemos invitados! ¡Los Caballeros de la Orden que acabaron con la Lanza Sangrienta en el Salón de los Invitados han acabado con el resto en la bodega y ya nos han alcanzado!

¿¡Qué!?

—¡Ahí están! ¡A nuestras espaldas! —Dice mientras señala donde estamos.

Todos los caballeros sacan sus espadas y se ponen en guardia mirando hacia nosotros, aunque ninguno puede vernos. El noble Diamis abre los ojos como platos y se pone a gritar, supongo que órdenes, y agarra de inmediato a su hija con fuerza. Su hijo, Carbo o algo así, saca de su funda ese látigo azul y lo chasquea, y se pone entre su padre y hermana y nosotros.

—¿¡Qué mierda es esto!?! —Dice Arpía—¿¡Melocotón nos ha traicionado!?

—¡No digas chorradas, Melo jamás haría algo así! —Le digo de mala manera— Sombra, ¿puedes escabullirte y cortarles vía de huída a los Diamis mientras nosotros nos encargamos de los caballeros?

—Puede, solo hay luz en el centro, pero no prometo nada. —Me dice.

—Pues inténtalo.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

Mientras tanto, Melo no hace nada, creo que está tan sorprendida como nosotros, y no sabe exactamente qué hacer o cómo comportarse ahora mismo.

—¿Cuántos hay, Dase Telazul? —Grita el líder de los caballeros.

Después de unos segundos Melo le contesta.

—¡Hay más de los que puedo contar, mi señor! ¡No dejan de aparecer más y de moverse si parar! —Grita Melo.

¿Qué? No entiendo nada.

—¡Tienen un cañón, mi señor! —Grita Melo—Lo están encendiendo.

¿Un cañón? Eso no tiene sentido, ¿cómo vamos a traernos un cañón? ¿Es una señal? Mierda, no entiendo nada, pero voy a seguirle el juego. Saco arena del carcaj, con la que formo dos cuchillos y los lanzo a ambos lados de Melo, pero lejos de ella, pasan de largo de ella y estallan en el suelo entre ella y el resto y aparte del enorme ruido que generan las explosiones con su eco incluido se levanta una enorme polvareda.

—¡Venga! ¡Ya sabéis qué hacer! ¡Sombra, a por los Diamis, Arpía, Toro, a eliminar enemigos, pero cuidado con darnos a mí o a Melocotón! —Les grito, y no necesitan más, en cuanto pronuncio la última palabra salen disparados a la polvareda, y yo les sigo.

Entro corriendo con la intención de entrar a saco, pasar por el centro y llegar hasta los Diamis, pero tengo que mirar varias veces a cada enemigo para cercionarme de que no es Melo, aunque la mayor parte de ellos no suponen un problema, ya que van de un lado a otro como pollos descabezados con la espada negra en alto, pero no quiero darle indirectamente a ninguno de los míos, así que uso muy poca arena en cada lanzamiento, más para aturdir o quitar de en medio que para matar. Los cuchillos que genero ahora son del tamaño de un dedo y finos casi como una hoja de papel, pero tienen el efecto deseado, le lanzo dos de éstos a dos que tengo al lado y los tira de espaldas aparatosamente, pero no parece ni agrietarles el casco, así que perfecto. A mi derecha veo a Toro mandando a caballeros por los aires con su martillo pesado, es un arma que solo le he visto a él, para explicarla, podéis imaginaros una lanza gruesa de metal, y en la punta, en lugar de un filo, la cabeza de un martillo del tamaño del torso de un hombre adulto normal, con una punta plana y en otra una acabada en pico. La zarandea y revienta literalmente a todo el que encuentra, casi todos los que hay a su alrededor parecen tan asustados que la mayoría ni le atacan y esperan pacientemente su turno, los que sí le atacan no tienen mejor suerte. A mi izquierda está Arpía, con su alabarda repartiendo a diestro y siniestro, de vez en cuando clava la punta en el suelo y se impulsa encima del resto, cayendo pegando patadas con los dos pies pegados en la cara del pobre infeliz que tiene delante, mientras extiende los brazos creo que para mantener el equilibrio, los que no la conocen dan por hecho que le pusieron “Arpía” de nombre por su mal genio, pero los que la conocemos sabemos que es por esta forma que tiene de pelear... bueno, o no solo por su mal genio. El paradero de Sombra es un misterio, pero estoy convencido de que no lo ha visto nadie y estará más cerca de los Diamis que cualquiera de nosotros. El paradero de Melo también es una incógnita, no la he visto desde que estallaron mis cuchillos, me preocupa, pero ahora mismo estoy bastante ocupado. Sigo avanzando en línea recta, o eso creo, y lanzo delante a un lugar vacío un cuchillo algo más grande para despejar la polvareda, pero antes de que estalle aparece una espada enorme que parte el cuchillo en cientos de pedacitos y estallan de mala manera donde no deben. El que lo ha destrozado ha sido el líder de los caballeros que viene hacia mí corriendo. Saco dos de mis cuchillos con nudillos de metal y me lanzo a por él, para mi sorpresa justo cuando creía que iba a blandir esa enorme espada contra mí la clava en el suelo y sigue hacia mí, no me lo espero y me pongo a la defensiva, él lo aprovecha para cogerme por los puños, donde los cuchillos no tiene filo, me levanta

del suelo y empieza a darme vueltas por el aire como si fuera un niño y me lanza... a cuatro caballeros de distancia, ya que son los que vi debajo de mí mientras estaba en el aire. Me levanto en seguida, pero hecho polvo, me he dado fuerte en las rodillas, codos y pecho, pero me levanto, y a mi derecha veo al noble Diamis y su hija, alejados de la refriega, dirigiéndose a uno de los muchos túneles que conectan con esta zona, aunque la hija no está por la labor, se resiste como un gato al que llevas a la bañera, y ahí ocurre algo que me deja de piedra, el noble Diamis saca una daga enjorada y la alza en pose amenazadora sobre ella. ¿¡Qué demonios hace!?! ¿¡La va a matar antes de que la tomemos prisionera!?! No tiene sentido, ella es su único lazo de unión con Sanpura, no tiene sentido matarla. Antes de intentar buscarle un sentido a esta escena me lanzo hacia él y le lanzo un cuchillo normal al antebrazo, el noble grita de dolor y suelta la daga que cae al suelo. Voy corriendo hacia él y no se me ocurre otra cosa que embestirlo con mi hombro izquierdo por delante, el noble sale disparado hacia atrás, y cuando pierde el equilibrio y va a caerse de lado, Sombra sale de la nada y le salta encima como si fuera una rana, y el noble cae de cara al suelo y Sombra está encima suya inmovilizándole el brazo bueno. La hija se ha quedado detrás de mí paralizada y con la cara roja por el esfuerzo, con lágrimas en los ojos, y con el vestido roto. Noto un fogonazo azul a mi izquierda y un temblor en el suelo, es Carbo Diamis, está blandiendo su látigo azul de luz y de él salen bolas de fuego azul, me fijo hacia donde van y veo a Melo, pero se está moviendo muy rápido entre los caballeros, y ellos se están llevando todos los “latigazos” de Carbo, y ahora que me fijo bien en ella veo que lleva en la mano derecha su arco, o mejor dicho, lo que queda de él, está partido por la mitad, y con la cuerda rota, quiero ir a ayudarla, pero no puedo dejar a la esposa de Sanpura aquí sola, se escaparía. Carbo no para de dar latigazos, parece el domador de fieras de un circo con un tigre desobediente, lanza una ráfaga tras otra, y una de ellas, le da a un guardia que Melo tiene justo delante, y aunque no le da directamente sale disparada por el golpe que recibe el otro.

—¡Melo! —Le grito inconscientemente.

Ella cae desplomada y veo como la vista de Carbo se centra en mí, tiene la cara y el pelo lleno de sudor, y está jadeando con fuerza, primero me mira a mí y luego se centra en la esposa de Sanpura. Echa la mano del látigo hacia atrás para atacarme como lo estaba haciendo con Melo, y casi por instinto me doy la vuelta hacia mi recién adquirida rehén, la cojo en brazos y la pongo entre ese loco del látigo y yo. La chica se ha quedado de piedra, y me mira perpleja y luego a él. Carbo vacila un momento, pero le cambia la expresión de duda a ira y me ataca con todo. Ya la tengo en brazos por si ocurría esto, que después de que su padre intentara matarla no desechaba la posibilidad de que el hermano hiciera lo propio, así que me da tiempo a esquivar la bola de fuego azul, corro todo lo que puedo con ella en brazos pegado a la pared, y él me echa una bola tras otra, me da tiempo a esquivarlas, pero de repente cambia de táctica, y se pone a darle vueltas al látigo sobre su cabeza y acto seguido lo blande de derecha a izquierda y del látigo salen multitud de bolas mucho más pequeñas, las esquivo como buenamente puedo, pero el peso extra hace que pierda el equilibrio, no me caigo, pero casi, me encuentro casi en el suelo después de escurrirme, con una rodilla en el suelo y la otra pierna estirada, Carbo aprovecha para lanzar una bola como las que lanzaba antes, grande, no puedo esquivarla así que me doy la vuelta para que no le dé a la chica y recibo el golpe en la espalda, que me despega del suelo, pero poco, porque choco con la pared, al menos paro el golpe con la pierna derecha, así al menos ella no recibe nada.

—¡Eh! ¡Aquí, gilipollas! —Oigo gritar a Melo.

Está a la espalda de Carbo, éste se da la vuelta y la encuentra a unos cinco metros de él con un cuchillo de los míos en la mano, antes de que él pueda reaccionar ella se lo

lanza con fuerza y... bueno... se lo estampa por el mango en la cara y él cae al suelo de un modo un tanto patético, con gruñidos de dolor. Ella se queda un momento inmóvil pero reacciona, va hacia él y le planta el pie izquierdo en la cara y le estampa la cabeza contra el suelo, no creo que lo haya matado, pero ha sido suficiente para dejarlo inconsciente. Ella está sobre él jadeando, se agacha, coge el látigo y luego me mira.

—¡No has visto nada! ¿¡Está claro!?! —Me grita enfadada señalándome con el dedo índice.

Yo niego con la cabeza, un poco acojonado, sus mosqueos no son para tomárselos a broma, y la esposa de Sanpura, que aún tengo en brazos, levanta las manos y niega también con la cabeza.

—¡Nos rendimos! —Grita de golpe el líder de los caballeros, y todos, tanto nosotros como ellos nos paramos en seco y nos quedamos mirándolo—¡Los caballeros de la Orden tienen al señor y al señorito Diamis y a la princesa! ¡Hemos perdido!

¿Princesa? Técnicamente para ellos sería reina, ¿no?

Todos los caballeros miran a sus lados, a ver cómo reaccionan los demás, y ven también como Melo está sobre Carbo con su látigo en la mano, que aún lleva su armadura completa, y a Sombra sobre el noble Diamis estrujándole el brazo. Toro aparece al lado de Melo y le dice:

—¿Melocotón? —Le pregunta con ambas manos en su martillo, preparado para atacar.

Melo se quita el casco y deja caer su enorme melena pelirroja, naranja suave como un melocotón, con la máscara de la orden todavía puesta.

—Sí, soy yo. —Le contesta sonriendo.

—Menos mal, como no llevas el arco y sí ese látigo tan raro, no estaba seguro. —Dice Toro más relajado.

Todos los caballeros parecen perplejos, y todos empiezan a soltar las armas y ponerse de rodillas, ha sido hacerlo el primero y el resto lo ha seguido al momento. Menos su líder.

—Bueno, ¿vamos tirando ya de vuelta? —Dice como si nada.

—Tú también eres prisionero, así que suelta las armas como el resto. —Le increpa Arpía clavándole la punta de la alabarda en el pecho.

—Supongo que sí. —Dice encogiéndose de hombros y suelta su espadón al suelo.

Tras la batalla, solo han muerto doce de los caballeros, no demasiados, hay más con huesos rotos que otra cosa. Los que están mejor cargan con los heridos, y el resto ya vendrán a cogerlos luego. La marcha de vuelta es silenciosa, salvo por el líder de los caballeros al que estamos interrogando, y él nos responde con total normalidad, al parecer ninguno de esos es un caballero de verdad, eran escuderos o ni eso, a los que se les prometió el título si ayudaban en la revolución, a muchos pueblerinos les da igual quién se siente en el trono, y si uno les promete ser caballeros nada menos, se lanzan sin pensarlo. Les pusieron armaduras más que nada para que tuvieran efecto disuasorio, uno no ataca a un contingente de cincuenta caballeros armados como el que le roba a un niño en las calles, y para guerrear de verdad ya tenían a los mercenarios, pero no los suficientes. Entre el interrogatorio, que no lo parecía y unos intentos absurdos y sin éxito de huida por parte de estos campesinos armados llegamos a la bodega de la taberna. Allí nos está esperando el señor Yunque y otros compañeros más, junto a muchos soldados del ejército. Entramos y los soldados se van haciendo cargo de los prisioneros, pero del noble Diamis y su hijo se ocupan los nuestros. Yo salgo con el casco que llevaba antes para ocultar mi cara, que se supone que la tengo que llevar oculta. A estas alturas me parece un poco ridículo tapparla, pero al menos delante del

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

señor Yunque tengo que mantener las apariencias. Él me ve y se pone a reír entre dientes, viene y me clava en el pecho una máscara de las nuestras.

—Es la de Salamanca, a ella no le hace falta donde está ahora. —Me dice cuando la miro.

—¿¡A muerto!?! —Le pregunto asustado. Y él se echa a reír a carcajada limpia.

—No, hombre, no, está en nuestra enfermería, ya se la devolverás luego. —Dice entre risas.

—No me de esos sustos, hombre. —Digo mientras intento encajármela, me queda pequeña.

—Hombre, Yunque, así que tú eres su padrino, ¿eh? Con razón están tan chalados. —Dice el líder de los caballeros.

El señor Yunque se queda en silencio mirándole y él se quita el casco, es un cuarentón con entradas pronunciadas, pelo negro alborotado de un dedo de largo, de la uña hasta el nudillo, y una barba recortada en la que solo hay bello en la zona de las patillas y la curvatura de la cara acabando en la barbilla donde lleva un mechón mucho más largo que en resto de la cara.

—¡Hombre! ¡Perro loco! ¡Dichosos los ojos! —Dice Yunque y le da un abrazo de oso, luego lo mira de arriba abajo y se queda en silencio un momento—¿Te hemos chafado alguna misión?

—Sí y no. —Dice Nosda encogiéndose de hombros—Se suponía que tenía que llegar hasta el que le estaba dando armamento y personal a Diamis para mantener esta revuelta, pero no me esperaba que apresaran a la princesa Mirasol. Me quedé helado cuando la vi esta mañana aquí. —Dice y se pone reír sin medida.

—¿Princesa? —Pregunta Yunque, mirando a la chica que sigue a mi lado, antes no se la llevaron mis compañeros con la idea de tenerla separada de los que intentaron matarla. Yunque la mira de arriba abajo y se arrodilla de inmediato.

—Le ruego que me disculpe, Majestad, no la había reconocido. —Dice Yunque con un tono de voz mucho más formal.

¡No me jodas! ¿¡Es nuestra princesa!?! ¡Pero no era morena, ésta es rubia! Nunca la he visto en persona, pero sí sé que era al menos morena.

—Podéis levantaros, Señor Caballero. —Dice la princesa en tono solemne.

El silencio y lo serio de la situación se tronca por la risotada de Nosda.

—¿No lo sabíais? — Y sigue riéndose sin reparos—Creía que habíais venido por ella, ¿por qué estabais aquí entonces?

—Para tomar a Diamis como rehén, no nos han informado siquiera de que la princesa hubiera sido secuestrada. —Dice Yunque.

—Ah, alguien se la va a cargar por eso, porque se la llevaron a media mañana. —Dice Nosda.

—¿Cómo demonios la sacaron de palacio? —Pregunta Yunque.

—El chalado del hijo de Diamis se abrió paso a base de tumbar paredes con esa Arma de Sadeh. Y menos mal que la reina no estaba con ella en ese momento, si no ya habríamos perdido. —Dice Nosda—Se la trajeron aquí, le tiñeron el pelo y le pusieron un vestido de su familia para hacerla pasar por una de su familia.

Entonces por eso intentaron matarla cuando se vieron acorralados, como rehén les podía haber dado el trono, y sin ella y si la reina no volvía a tener descendencia el trono le pertenecería al hijo de Sanpura, solo tendrían que irse si no ganaban la revuelta y volver con un heredero cuando la reina muriera.

—¿Cómo es que no se nos comunicó algo tan importante? —Pregunta Yunque algo molesto.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—No sé qué quieres que te diga, yo llevo aquí metido casi desde que empezó esto.
—Dice Nosda encogiéndose de hombros.

Aún estoy intentando de asimilar la información cuando veo que la princesa me está mirando de reojo, y creo que con el entrecejo fruncido. Y la aparta en cuando nota que la miro. Genial, ¿he sido irrespetuoso? Espero que ahora no tenga algún castigo por no haberla tratado como se debe tratar a la realeza.

—Señor Nosda, me gustaría volver a palacio y ponerme presentable, si no le importa.
—Dice la princesa.

—Sí, yo también tengo ganas de quitarme esta armadura tan hortera, vámonos. —
Dice Nosda mientras le tiende la mano—Yunque, ya hablaremos luego.

—Claro, luego te invito a una ronda. —Dice él riendo.

Nosda se acerca al señor Yunque, le coge del hombro y le dice:

—Habrás apostado por esos dos, ¿no? —Dice inclinando la cabeza hacia donde estamos Melo y yo.

—Pues claro, ¿por quién me tomas? —Dice riendo entre dientes.

Dicho esto, Nosda se ríe por lo bajo y se va con la princesa y varios caballeros de nuestro ejército.

—¿A qué se refiere con eso de apostar por nosotros? —Me pregunta Melo con voz baja.

—He visto apostar al señor Yunque con otros por casi todo, pero sus apuestas más normales entre ellos es por cuál de sus apadrinados asciende a caballero y quién lo hace antes que quién. —Le explico.

—¿Entonces ha apostado que nosotros dos ascenderemos? —Me pregunta sonriendo.

—Esa es la impresión que me ha dado. —Digo orgulloso.